

nes y una vegetación miserable y enfermiza. Digno paisaje para poner a prueba el esfuerzo y la voluntad. Escenario apto solamente para un hombre de raza y de muchas agallas.

Pero José Menéndez no se afligió ni se tapó los ojos horrorizado al poner pie en aquella tierra. Tampoco le impresionaron los terribles "ahouikankas", hombros de estatura descomunal, de procedencia araucana, que poblaban el país. Con talento y audacia se hizo respetar por ellos y pronto se convirtió en su jefe.

Después domesticó potros salvajes, luchó a brazo partido contra la naturaleza y la meteorología, enderezó ríos, dominó torrentes e hizo fructífero lo árido y posible lo imposible. Por donde pasaba José Menéndez, todo se transformaba en signo positivo. Fué el caballo de Atila al revés. Convirtió las piedras en pan, y en agua los agresivos terrones de la atroz geología patagónica. Una dramática batalla que ganó en contra de todas las previsiones y que dejó asombrado al mundo. Por aquel entonces, otro gran aventurero, Cecil Rhodes, plantó la bandera británica en la punta del continente africano y fundó la Rodhesia. Dos corazones, uno inglés y otro español, latieron al unísono en distintos meridianos del globo y rescataron para la civilización dos territorios salvajes e improductivos. Fué aquel un minuto estelar para la geografía y para la humanidad, en el que coincidieron los esfuerzos individuales y distantes de un par de personajes dignos de pasar a la historia por la puerta grande de las biografías heroicas. Por la puerta grande y a hombros de un Jack London o de un Ludwig.

José Menéndez, al llegar a Patagonia, se convirtió en un centauro, y él y su caballo fueron en adelante inseparables. Desde su silla de jinete audaz, vivió, amó y se hizo

En la página anterior: un mapa que señala el recorrido de D. José Menéndez; la fotografía del ilustre asturiano y una panorámica de San Antonio (Argentina). En esta página: dos escenas y dos construcciones que recuerdan la vida del gran aventurero.

rico. Un día derribó los ingenuos ídolos que adoraban los indígenas e introdujo el culto católico, las leyes hispanas y las costumbres de su patria entre los patagones. Porque José Menéndez no era un aventurero cualquiera, sino un colonizador español. La colonización española constituyó un fenómeno especial, en nada parecido a los imperialismos absorbentes que llenaron de cicatrices la piel del planeta. España convirtió las selvas en naciones, los nativos en cristianos, las ciénagas en tesoros y la materia en palpitation espiritual. Hizo mayor de edad a un mundo, y cuando pudo andar por sí solo, le abrió las puertas del destino para que caminase sin tutelas ajenas.

## LA MUJER

Aún tuvo tiempo José Menéndez para crear un hogar y una familia. La cósmica empresa de arrancar día a día a un terreno inhóspito la mayor riqueza de la época, no le impidió volver sus ojos al negocio del corazón. Podía haber tenido un harén como cualquier rajá abito de esclavos y de piedras preciosas. Podía haberse convertido en señor de herca y cuchillo. Pero no lo hizo, porque llevaba dentro la pureza de las fuentes asturianas, la ternura de su cancionero y la fuerza lírica de las noches de San Juan. Y así, dió y recibió amor de una sola mujer y tuvo hijos y nietos de un mismo tronco, cuyas ramas se extienden hoy poderosamente sobre el mundo de las finanzas, las letras y las ciencias de la Argentina.

A su paso por Buenos Aires, trampolín necesario para dar el salto hacia el caos y el misterio que se deslizaba América abajo hasta topar con el Polo, conoció a María Behety, joven hermosa y culta, de ascendencia francesa. Ella le estaba esperando sin saberlo. En sus sueños de muchacha aguardaba por el hombre que le abriese el horizonte de la felicidad. No podía ser un hombre cualquiera. María estaba forjada también con materiales nada corrientes.

# Nuestros COLABORADORES



Treinta y cinco años cuenta este bilbaíno que promueve certámenes fotográficos en España y que por su cuenta acude a concursos peninsulares y extranjeros. José María Lara colabora además en numerosas obras y revistas españolas, y es uno de los "pioneros" de la fotografía en color. Fotógrafo por afición, por romántica afición, es el autor de la fotografía que

figura en nuestra portada, en la que recogió un aspecto de la avenida de José Antonio, de Madrid, a las doce y cuarto del mediodía.

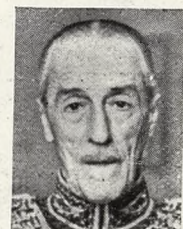


Bilbaíno como Unamuno, Lucio del Alamo—treinta y cuatro años—, hoy delegado nacional de la Prensa del Movimiento y director del diario "Marca", de Madrid, y antes director de Radio Nacional de España, es uno de los escritores de mejor pulso y de mejor pluma del actual periodismo español. Ha publicado algunos libros—tal "El último muerto de la guerra"—y fué uno de los más sagaces y brillantes cronistas de la última guerra mundial, desde el diario vespertino "El Alcázar", de Madrid.

Conocimos al director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Cuyo (Mendoza, República Argentina) en 1947, cuando, desde la tribuna o desde la prensa, nos hablaba de América o de Europa. Escritor extraordinario y magnífico conferenciante, Juan R. Sepich, considerado como uno de los primeros pensadores, conferenciantes y publicistas de América, es un entusiasta hispanista, y no hace mucho—en aquel 1947—realizó un viaje por España, donde pronunció, con gran éxito, diversas conferencias.



Hacer la biografía del Duque de Alba en siete líneas es como contar en siete páginas la historia de quinientos años. Miembro de la Real Academia de la Lengua, y de la de la Historia, y de la de San Fernando, y ex embajador de España en Londres, hemos de silenciar sus docenas de títulos—varias veces conde, varias veces marqués—y dar sólo este su nombre, tronco que suma muchas estirpes, y que si es el habitual, parece un tratado de genealogía: Jacobo Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio.

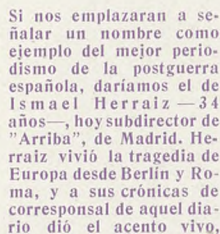


De José Miguel de Azola, joven, conferenciante, vasco y periodista, se dice que fué director de las revistas literarias "Lar" y "Cuadernos del Grupo Alea", de Bilbao, y que es hoy redactor de "Egan", revista de idéntico signo y la misma raya del Abra. Pero también podría decirse que es un ensayista original sobre temas de este tiempo literario—de la llamada generación del

98 a los últimos poetas noveles—y que cabe sospechar que en su tarjeta de visita figure esta profesión: "Especialista en Baroja y Unamuno".



Este doctor en Filosofía y Letras luce el más fresco de los muérdagos, puesto que ha ganado el último Premio Nacional de Literatura de España, por su "Jornadas de Miguel de Cervantes". Vicente Escribá, treinta y cinco años, valenciano y periodista, ha ganado también otros muchos premios con biografías, artículos y guiones de películas. Estrenó alguna comedia —p. e., "¿Dios con nosotros?" y son libros suyos "Tomás de Villanueva", "Una raya en el mar" y "Un hombre en tierra de nadie", entre otros.



Si nos emplazaran a señalar un nombre como ejemplo del mejor periodismo de la postguerra española, daríamos el de Ismael Herraiz—34 años—, hoy subdirector de "Arriba", de Madrid. Herraiz vivió la tragedia de Europa desde Berlín y Roma, y a sus crónicas de corresponsal de aquel diario dió el acento vivo, agudo e inesperado que sorprendería a los lectores cada mañana. De su estilo directo y su fuerza dialéctica salió "Italia fuera de combate", libro del que se agotaron veinte ediciones en unos meses.



Figura mundialmente conocida por sus estudios médicos, el Dr. Jiménez Díaz es catedrático de Patología Médica de la Universidad de Madrid. En 1946 dió diversas lecciones en la Universidad de Buenos Aires, y actualmente se encuentra en viaje por Norteamérica. Colaborador de las principales revistas médicas de Europa y América, el Doctor Jiménez Díaz ha accedido gentilmente a remitirnos un artículo sobre un tema que queda al margen de su magisterio, pero que domina a la perfección (página 43).



Este malagueño de treinta y un años dió mucha guerra en Madrid con la página penúltima de "La Estafeta Literaria", que firmaba "El Silencioso". "El Silencioso" era—es—Julio Trenas, que ya estrenó alguna comedia y publicó alguna novela. Julio Trenas colabora en diversos periódicos y revistas españoles, y fué redactor de "El Español" y secretario de redacción de la "Gaceta de la Prensa Española", donde publicó trabajos de investigación periodística. Ahora es redactor de Radio Nacional de España.



Si la juventud de Tomás Borrás encierra alguna clave fáustica que no podemos discernir, si sabemos de las excelencias literarias y periodísticas de este hombre madrileño que hizo su primera crónica en tiempos de Segismundo Moret. Después, punto fuerte en la tertulia de "Pombo", con Ramón y Solana, estrenó comedias, compuso poesías y publicó cinco novelas y nueve volúmenes de cuentos: "Tam-tam", "La mujer de sal", "Polichinelita", "Checas de Madrid", "Buenhumorismo", "Sangre de almas", etc.



Sevillano y periodista de tiempo atrás—y también catedrático—, Antonio Ortiz Muñoz (nacido en 1906), redactor del diario "Ya", de Madrid, acaba de recorrer Sudamérica de norte a sur y de este a oeste. En cada meridiano hizo una crónica, y con todas juntas está haciendo ahora un libro: "Otro español en América". Descoligándose de los Andes hacia La Paz—tras el soroche—, por las alturas de Bolivia, escribió el trabajo que aparece en la página 48, con el que estrenamos a dicha nación en "M. H."



Periodista desde la Facultad, a Juan Manuel Vega Pico—treinta y cinco años—, se le escapa el acento céltico por lo lírico, y en el peculiar juego de sus palabras—él es asturiano—hay un fondo sentimental, nostálgico, húmedo... Ha publicado un libro de poemas, otro de crónicas y una novela, y una de sus comedias fué primer premio en el concurso del Teatro Español del año 1944. Ahora se dedica activamente al "cine" y es uno de los guionistas más destacados en la producción española.

